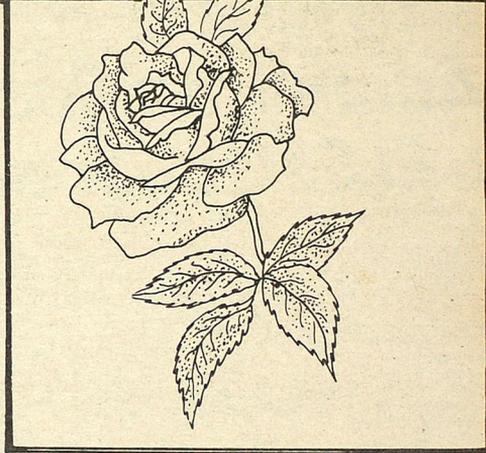
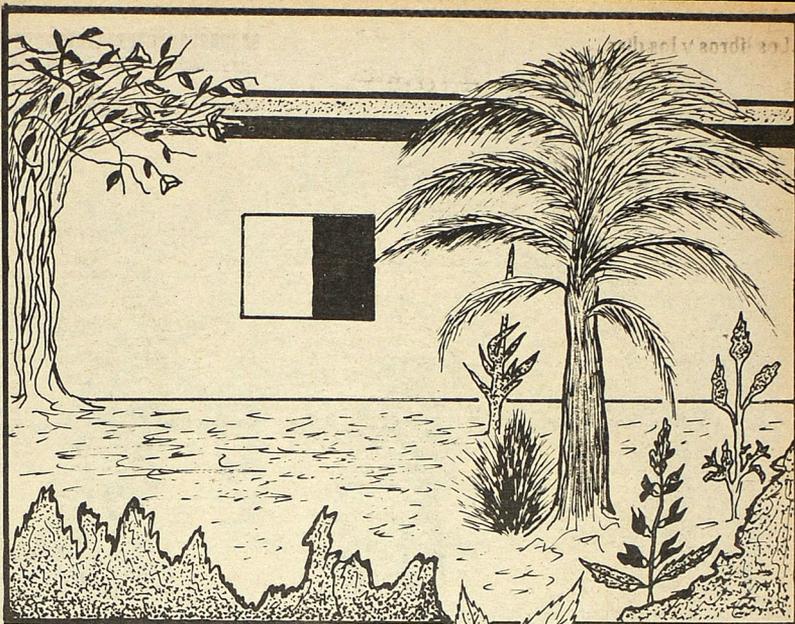


# La casa de Rolando Elías

Por  
R.  
Har-Varod



Después de urdir razones, por demás rebuscadas para justificar el atentado contra su privacidad, realizamos hace poco un afectuoso "cateo" en la casa de Rolando Elías, apacible poeta cuya generosidad le impide considerar a alguno de sus visitantes como intruso. Al vernos llegar abre en obsequio nuestro, todas las puertas de su casa, porque las de su amistad, umbral magnífico, nunca están cerradas.

Es una casa sencilla, en Mejicanos, donde el poeta ha logrado crear un clima acogedor que no sólo invita a pasar adelante, sino también a quedarse por largo rato, mucho más si Rolando ofrece el incentivo de su conversación, un café "capucino" o la singular mezcla de ron con jugos de frutas que él prepara personalmente para los amigos.

Hay libros por todas partes y entre los muebles destacadas por la importancia que les atribuye nuestro anfitrión, se hallan el escritorio, la máquina de escribir y el tocadiscos que, de manera constante, hace girar acetatos de Mozart, Beethoven o los Beatles.

En verdad la casa de Rolando no es para verla, sino para sentirla. Entrar en ella es una experiencia estimulante para el espíritu, porque sus habitantes se encuentran en proceso de continuada y contagiosa renovación. Se respira allí una cordial atmósfera que de inmediato hace olvidar la hostilidad del mundo exterior; es un ambiente suave y reposado como el discurso de Rolando quien siempre tiene algo original y bueno que decir acerca de la gente, aun cuando se refiere a otros poetas.

El área preferida del poeta es el jardín; probablemente una regresión infantil a sus primeros años en Suchitoto, Ciudad de las Flores y de Alejandro Cotto, donde aprendió a amar la tierra y las plantas. Cabe anotar aquí que en los jardines de los poetas se suelen encontrar cosas curiosas: en el de Balaguer, por ejemplo, hay un cocodrilo vivo de metro y medio de largo; en el de Rolando, una rosaleda, única en su especie, producto de un feliz mestizaje de patrón criollo con púas traídas de la Selva Negra, después de un viaje de Rolando a Alemania.

Las rosas, de un amarillo intenso, alcanzan proporciones extraordinarias y son el orgullo de Conce —ápocope de Concepción— jardinero de flores por las flores mismas, que sembró y cultivó el rosal sin cobrar un centavo, no sólo por el escaso que anda de ellos el poeta, sino también porque le gusta el oficio. Este Conce es otra de las coincidencias que he observado

en mis incursiones a las casas de los poetas: casi todos se rodean de personas de servicio o acompañantes tan peculiares como ellos. Cabe aclarar, sin embargo, que nunca he sabido de alguno que tenga chofer, ni creo que lo haya, entre otras cosas, porque las letras jamás dieron para tanto; además, los poetas prefieren volar.

El jardinero de Rolando es un nonagenario blanco, un poco encorvado, ojos claros y contextura muscular raizuda. Según su propio testimonio, fue iniciado en la jardinería y en la degustación de vinos europeos y música germana, por Walter Deininger, allá por los años treinta. Es un verdadero poeta bucólico, quizás con mayor propiedad así señalado que aquel Virgilio que sólo pudo describir la vegetación florida, en tanto que Conce la crea con ayuda del sol, el agua y los abonos. Conce sabe y vive de jazmines, claveles, narcisos y rosas, como Rolando de Neruda, Vivaldi y pintura impresionista.

Por eso se llevan tan bien; podrían ser colegas y escribir entrambos: "Esta palabra, este árbol, es mío/ No se me dio como aprendida silaba en los libros/ Suena dentro de mí con una extraña música/ Brota como el milagro de la vida en la flor/ Tiene un fermento de igno-

radas y fecundas semillas".

Como les ocurre a muchos escritores aquí, Rolando tiene que vivir "rolando", forma gerundiva del verbo "rolar", de uso mariner-gaditano que, según la Real Academia Española, significa dar vueltas, principalmente hablando del viento. Va de su trabajo bancario a la casa y viceversa; interesante manera de realizarse, dice el poeta, porque en cierto sentido implica ubicuidad, estar en varias partes a la vez y ser siempre el mismo o por lo menos, sentirse siempre el mismo: libre. Libre para vivir en gerundio, en simultaneidad de acción y pasión creadora, actual y compartida; viviendo con sus hijos adolescentes, éstos creciendo; Conce, jardineando y él... uno con todos. Al llegar a casa Rolando se despoja del saco y la corbata —obligado disfraz ciudadano— para vestir la ropa casual que lo autentica: la ropa de joven-jardinero-poeta, la de leer a Rainer Maria Rilke, la de escuchar a Mozart y a las aventuras galantes que le cuentan los muchachos y el viejo; to-

dos y todo al mismo tiempo.

Es pequeña la casa de Rolando, pero en ella hay suficientes voces, sentimientos nobles, suficientes flores, música, versos y

relatos inéditos en la máquina de escribir, para que el poeta continúe como el viento, rolando.

San Salvador, octubre de 1980.

Narrativa

## El último click

Por Rolando Elías

Le decían Sarita más por cariño que por otra cosa, porque con aquella manera de jugar la posición de defensa en el equipo de básquetbol y de ganar una bola entre dos en el centro de la cancha, cualquiera se iba de espaldas, ya no digamos cuando salía repartiendo juego con seguridad, al toque de sus manos frente al espejo, sus manos que se pasaban todo el día dale que dale a la ibm, a la hora en que se le venía todo el peso de la realidad en su libreta de taquí, el rín rín incesante del teléfono, ¿el aló, el cómo está, en qué puedo servirle, no quiere dejar un recado?, el buenos días acostumbrado y convencional entre memorandos, papeles, agendas, cartas, notas para recordar hoy, recados, horarios de clase, recetas de cocina, dictados, tareas para parcelas, el seminario sobre la realidad nacional, las exámenes de fin de ciclo, el seminario sobre la realidad nacional, las contradicciones del romanticismo con la realidad, las teorías de Kramer no como en la película de Dustin sino frente al pizarrón de su aula universitaria, sólo para probar las incompatibilidades del conda cuenta A con el conjunto B, aparte de los laboratorios del sábado y esa pila de libros así de grande cuando lo que la vida quiere es praxis, porque unas son las complejidades del procesamiento de datos y otras las de la historia, pero donde dejar las del corazón y qué del hueco que se le hacía en el pecho, cuando sola, en su casa, mientras todos dormían, mandaba al carajo los libros y se asomaba a la ventana para mirar llover en la noche cerrada y oscura.

Tenia que ser en una noche de esas cuando llamó... El sereno del pasaje se había acostumbrado a ver en el estudio un bombillo iluminando cuadros e insomnios; sobre el escritorio se amontonaban letras de cambio con poemas, relatos, el ronco del viernes, el tic tac del reloj, las Sagradas Escrituras y la Fantasia para un Gentil Hombre como música de fondo.

A pesar de los temores que se agazapan detrás de cada puerta en estos tiempos, abrí justo en el momento en que se me le destrabaron las teclas a la Remington, cosa que me suele suceder en ciertos párrafos de *suspense*, como éste; pero entonces apareció ella, de cuer-

po entero, chupadita, tiritando como cuando salía de la ducha, buena para pescar un resfriado o para meterse en la cama y hacer el amor otra vez calentándonos los cuerpos de pies a cabeza.

No sólo el corazón sino también el tiempo se nos hace a veces demasiado chiquito en la vida; por eso no tardaron en asomar por la ventana los primeros rayos de un tibio sol mañanero, de esos que salen cuando mayo está en lo mejor de sus dones, sus aguaceros, el verde de sus milpas, el olor a tierra mojada, el paraguas que a saber en qué casa dejó olvidado otra vez, las frutas verdes y amarillas como en un cuadro de Cezanne, los geranios, el júpiter, los claveles de tres colores, gracias a los injertos de Conse, los coliflores, el sabor de una sopa dominguera y las croquetas de pollo con trocitos de tortilla.

—¿Será cierto eso de que el mañana no existe? —me preguntó desde la cocina mientras preparaba un consome.

Pero horas después, de vuelta en la oficina, saludó al escritorio con una mirada de aceptación, como se mira a veces al pasado, al recuerdo, a las cosas que no se pueden cambiar, o a la simple y cotidiana realidad.

Esa tarde se fue al entreno como si nada hubiera pasado. Corrió como nunca y hasta se dio el lujo de anotar dos tiros libres seguidos, limpios, de esos que hacen pasar la pelota entre las redes, acariciándolas, sin tocar el aro. Y entonces se preguntó si no era cierto que el amor, como la vida, es también un juego, el que todos jugamos, el que está siempre naciendo y muriendo, apagándose, encendiéndose como la flor, como la estrella, una, y otra, y otra vez, hasta que se nos hace un vacío alrededor de las cosas, y de la piel, como ese que invade la cancha cuando ya no hay barras, ni aplausos, ni serpentinatas, ni sábados chiquitos en la noche de un viernes.

Por eso, y porque el corazón nunca va adonde lo mandan sino adonde quiere, decidimos ponerle un The End tipo Woody Allen a esta historia. Un pitazo final a este juego. Un último click en el teléfono.

Mayo, 1980.